

Blanca Portillo, actriz

“SER INDIFERENTE AL DOLOR AJENO ES LO PEOR”

Atraviesa un momento profesional brillante que ella vive con intensidad y sin concederse un respiro. Blanca Portillo ha sido un extraordinario Segismundo, dirigió un *Don Juan Tenorio* áspero y canalla desprovisto de romanticismo, y ahora protagoniza junto a José Luis García Pérez *El cartógrafo*, una obra de Juan Mayorga lacerante y descomunal contra el olvido del exterminio que sufrieron los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, que se representa en los teatros del Matadero de Madrid. Además, es la protagonista de la serie televisiva *Sé quién eres*. “La interpretación no puede convertirse en un alarde. Debe consistir en la capacidad de un ser humano para desprenderse de su yo y ser otro”, afirma.

Por Luis Eduardo Siles

De *El cartógrafo* se ha escrito que es un grito duro y seco contra la dictadura del olvido. Y usted ha dicho que “la fortaleza está en no dejar de mirar atrás”.

—Yo califico esta función de necesaria. El teatro es necesario. Pero hay obras que tienen que representarse necesariamente. Y que la gente sepa. Esta función no da respuestas. Pero sí abre muchas cuestiones. Está en el propio espectáculo la voluntad de transmisión. Es como si nosotros hubiéramos caminado por aquella Varsovia del gueto. Cuando nos olvidamos de lo que nos ha ocurrido, tanto en la vida personal como en la social, esa frase que siempre se dice de que “estamos condenados a repetirlo” es muy probable que lo repitamos, y sobre todo, si no recordamos el problema, puede ser que repitamos los mismos errores y que no crezcamos, tanto personalmente como en sociedad. Nos hace crecer saber dónde nos hemos equivocado. Qué es lo que hemos hecho bien y qué es lo que no hemos hecho bien. Creo que es imposible que un ser humano crezca olvidando los errores cometi-

dos. Para aprender hay que observar. Y tener en cuenta todos los datos. Y si olvidas, no creces. Y como sociedad ocurre exactamente igual. En *El cartógrafo* está la voluntad de no olvidar.

—De *El cartógrafo* ha dicho Juan Mayorga: “Hablamos del exterminio de los judíos europeos y ese dolor es irrepresentable”. Pero ha insistido en que hay que alzarse contra la indiferencia.

—Entiendo que la indiferencia es lo más terrible. Y hoy en día lo palpamos también en otras cuestiones escalofrantes. Encendemos el televisor y vemos filas y filas de seres humanos hambrientos y acampados en un lugar, mientras nosotros comemos tranquilamente a la hora del almuerzo. Ser indiferente al dolor ajeno es lo peor. Y esa indiferencia es una de las cosas que genera el olvido: la falta de empatía. Ser incapaces de ponernos en el lugar del otro. Pero el dolor es irrepresentable.

—Usted defiende que cuando la función teatral termina, las palabras quedan en la mente del espectador.

—Creo que sí, que el ser humano tiene el don de la palabra y que lo que se cuenta en el teatro permanece en la memoria del espectador, probablemente se quede sólo con tres, cuatro, u ocho frases, ideas

que a su vez transmitirá a otros, porque lo que atraviesa sus ojos genera pensamiento en él. Y lo verbalizará de alguna manera. Yo considero que nosotros somos los portadores de la palabra. Los portadores de mensajes que luego, a su vez, el espectador comunicará a otros. Porque el espectáculo en sí desaparece, es muy efímero. Termina cuando cae el telón. El hecho teatral, en sí, es profundamente efímero. Nace para morir. Pero queda la palabra.

—¿Hasta qué punto la necesidad de no olvido puede conllevar la falta de perdón?

—Yo creo que el perdón no entra como elemento en este sentido. No olvidar no significa perdonar. Una cosa no está necesariamente unida a la otra. Yo, conmigo misma, no suelo perdonarme muchas cosas. Quiero recordarme que cometí errores. Pero el perdón es una cosa opcional de cada uno. Cada cual debe elegir si quiere perdonar o no. O si le alivia perdonar o no. El olvido no tiene nada que ver con el perdón. Ni con la necesidad de revancha. El olvido tiene que ver con una falta de respeto. No debemos faltarnos al respeto ni a nosotros mismos ni a lo que nos ha pasado como seres humanos. Pero el perdón es algo que tiene que ver con el individuo, algo personal.

—¿Cuál es la dimensión de Juan Mayorga como autor en el teatro español actual?

—Yo creo que él aporta algo diferente: aporta reflexión. Una profunda reflexión. Es un autor conectado permanentemente con el mundo en el que vive. Un gran observador del mundo. Se trata de un ciudadano que mira a su alrededor, que lee cada día los periódicos, que observa lo que pasa. Que va en el metro y va observando cómo se comportan los seres humanos. Que mira cómo va cambiando la sociedad. Que observa. Es un gran observador. Está conectado con el mundo. Más allá de la belleza literaria que puedan tener sus obras, que la tienen, que tienen una capacidad literaria insospechada, porque se trata de un teatro con verdadera poesía dentro, pero va más allá de todo eso, de crear imágenes bellas y de utilizar el lenguaje, diría yo, de una manera casi perfecta, pero él va más lejos y formula una reflexión sobre el mundo. Y el teatro

necesita eso. El teatro no necesita evasión, necesita pensamiento e imaginación.

—Es usted protagonista de la serie televisiva *Sé quién eres*. Se ha dicho que el talento está actualmente en las series.

—Yo creo que se ha producido un cambio en la medida en que la televisión está dejando de ser un medio de consumo y empieza a ser un medio de comunicación de verdad. Me refiero a la ficción. En televisión se puede crear, se pueden hacer grandes cosas, y se pueden contar grandes historias con grandes autores y grandes actores. Ya no es solamente encender la tele y que la ficción ayude a pasar el rato, sino que en la tele se pueden contar grandes historias. Y se están incorporando a la televisión talentos muy importantes. Dentro de este país y fuera, indudablemente. Y en ese sentido considero que la ficción en televisión está mejorando muchísimo. De ese modo, la televisión deja de ser un medio menor para

ser tan grande y tan importante como los otros dos, el teatro y el cine. Teniendo en cuenta además que llega multitudinariamente. Es increíble pensar que en un momento dado hay tres millones de personas delante de un televisor. Y en eso tenemos que ser responsables, y en la ficción ofrecer cosas interesantes, que hagan a los te-

“El teatro no necesita evasión, necesita pensamiento e imaginación”

“Un monólogo te obliga a poner todo tu armamento encima de un escenario”

lespectadores disfrutar, pensar, soñar, imaginar y fantasear con la misma capacidad que tiene el cine o que tiene el teatro.

—Usted siempre ha intentado ser transparente sobre el escenario, que el espectador vea al personaje, no a la actriz.

—Siempre ha sido ese el objetivo para mí. Yo nunca he querido que, cuando me ponía delante de una cámara o salía al escenario del teatro, la gente viera a la actriz. Yo siempre he buscado que el espectador viera a los personajes. Y te vas adaptando al cuenco que es cada personaje. La interpretación no puede convertirse en un alarde. Debe consistir en la capacidad de un ser humano para desprenderse de su yo y ser otro. Ser transparente para que entre en valor un ser humano que no eres tú.

—¿Qué diferencia existe a la hora de abordar un personaje en *Hamlet*, de Shakespeare, obra que usted ha interpretado, o hacerlo en *Madre, el drama padre*, de



EUROPA PRESS



Blanca Portillo y José Luis García Pérez en una escena de 'El cartógrafo', de Juan Mayorga.

CEFERINO LÓPEZ

Jardiel, que también ha hecho usted.

—No hay diferencias aunque pueda parecerlo. A la hora de abordar el personaje no hay ninguna diferencia. Los dos tienen una expresividad diferente. Y están en un código diferente. Tienen una personalidad distinta. Uno es de una manera y otro es de otra. Pero a la hora de construirlos yo lo hago exactamente igual. Es una construcción de dentro hacia fuera, empiezo analizando qué les pasa, de dónde vienen, por qué dicen lo que dicen, qué carácter tiene. Eso me va construyendo un físico, una forma de comportarse, y es exactamente igual si se trata de una comedia disparatada, magnífica, como la de Jardiel, o la profundidad y la sabiduría de un personaje como Hamlet. Es exactamente igual.

—¿Hace usted preguntas al personaje?

—Yo les hago preguntas, sí, sí. Sobre todo les pregunto si hay algo de mí que ellos necesitan, qué puedo poner a su servicio de mí.

—Usted hizo un personaje conmovedor en el monólogo *El testamento de María*. Hay en cartel actualmente otros monólogos interpretados por grandes actrices. Carmen Machi con *Juicio a una zorra*; Aitana Sánchez Gijón con *Medea*; y la gran Concha Velasco con *Reina Juana*. ¿Es el monólogo con fondo de tragedia el espacio ideal para que una actriz exprese sus mejores cualidades?

—El monólogo, como género, es muy especial. También se trata de un género

muy devaluado últimamente. Se habla mucho de monologuistas. Y la gente ahora escucha la palabra monólogo y piensa en ese estándar cómico de lo que estamos acostumbrados a ver por televisión. Normalmente un monólogo es un diálogo con el espectador. O con el propio personaje. O con varios personajes con los que el actor dialoga en escena aunque no estén.

El veneno del teatro

—Juan Mayorga ha dicho que lo ideal sería que el espectador, al salir del teatro, se sintiera otra persona, que no regresara a su casa, y que si decidía volver a su casa, que sus familiares no lo reconocieran. ¿Qué piensa usted?

—Es hermoso eso, sí. Yo también lo he dicho, aunque no de una forma tan hermosa como Juan Mayorga, porque yo en el teatro trabajo para que el espectador salga cambiado, para que salga distinto a cómo entró. Y, efectivamente, si sale mínimamente cambiado será otra persona cuando llegue a su casa, una persona diferente. No que no se reconozca a sí mismo, sino que haya encontrado en sí mismo algo que no había descubierto hasta ese momento.

Creo que se trata de un género difícilísimo. Porque normalmente tú te apoyas en la mirada de otro actor durante la representación. En lo que el otro te da. Pero también es cierto que el monólogo te obliga a un despliegue de control, de inteligencia, te obliga a poner todo tu armamento encima del escenario. Un monólogo supone un reto difícil. No sé si es donde mejor se pueden desplegar las capacidades de un actor. Pero desde luego se despliegan cosas que en otro tipo de espectáculos, cuando ya hay otro intérprete, no las necesitas. Esa responsabilidad que tiene un actor que está solo sobre el escenario es infinitamente mayor que cuando está acompañado. Porque en una función normal, los demás construyen contigo y tú formas parte de un mecanismo complejo y eres una pieza más. Pero en un monólogo, lo tienes que controlar todo tú, el tempo, el ritmo, la temperatura emocional, el diálogo permanente. Todo lo tienes que manejar tú. Entonces te coloca en una considerable situación de riesgo. A mí no me gustan los monólogos. El teatro es diálogo. Pero en cualquier caso, el monólogo es un género a investigar. Y creo que todo actor debe hacer en su vida un monólogo. A mí me lo decían y me he resistido. Pero cuando finalmente lo hice me di cuenta de que efectivamente es una barbaridad y que hay que experimentarlo alguna vez en la vida.

—Ha dicho hace poco: "Cruzo los dedos para sentir que es real lo que me está ocurriendo".

—Yo creo que la madurez, el ir cumpliendo años, contrariamente a lo que se pudiera pensar, me da más ilusión. Además miro el camino que tengo hecho y hacia atrás y siento serenidad. Y es cierto, yo cruzo los dedos cada día de mi vida para que esto continúe como está, al menos que siga así, no pido mejorar. Porque hago lo que deseo hacer, comulgo con lo que hago, me encanta, y van pasando los años y lo que va creciendo en mí es el sentido de la responsabilidad. Yo pensé que cuando me fuera haciendo mayor me iba a ir aburriendo poco a poco. Y me está pasando todo lo contrario. Lo que me provoca este momento es saborear la suerte que tengo con mayor intensidad. ●